

## PS: ELECCIONES Y DISEÑO "OFICIALISTA"<sup>1</sup>

ANTONIO CORTÉS TERZI, DIRECTOR DEL CENTRO AVANCES

### RESUMEN

En las elecciones del PS se enfrentan claramente dos posiciones: una, oficialista, conformista y gobierno-centrista y otra relativamente autonomista y proclive a producir cambios en el PS. La posición oficialista tendría la racionalidad de responder a los intereses disciplinadores y funcionales de cualquier gobierno, pero amenazaría al PS con riesgos de osificación y merma de su condición de izquierda. La sinergia entre una suerte de ideología de mea culpa sublimada y el interés político-corporativo del "camilismo", sería –según el autor– la explicación de una estrategia quietista, que pondría al PS en riesgo de un anquilosamiento estructural.

El PS entró en período de elecciones de sus autoridades con varias listas en competencia. No siempre es fácil descubrir los ejes claves y trascendentes que deberían explicar las competencias por el control del poder interno de los partidos. Sin embargo, en este caso, se puede visualizar con cierta claridad el eje ordenador de las disputas.

En efecto, el eje trascendente es la contienda entre lo que se puede denominar "oficialismo" y "oposición" o, también, entre "conformismo" e "inconformismo crítico".

El "conformismo" se sustenta, en lo fundamental, en los éxitos que se adjudica la actual Dirección, encabezada por los senadores Ricardo Núñez y Camilo Escalona (de ahí el término "oficialismo"), y cuyas manifestaciones principales serían el importante aumento del número de senadores y, obviamente, el triunfo de Michelle Bachelet.

Su discurso se sintetiza en la exposición de dos líneas argumentales: que tales éxitos dan prueba de que el partido está bien y en desarrollo y que, para esta etapa, la centralidad de la política socialista radica en brindar respaldo disciplinado a la gestión de la Presidenta. Complacencia y gobierno-centrismo es, en definitiva, la propuesta de la lista "oficialista", lo que, por cierto, tiene como correlato un conservadurismo respecto del PS. Para qué innovar en materias político-orgánicas si el PS está bien. Y para qué meterse en debates conceptuales, político-programáticos o de proyecto, si la línea a seguir está diáfana y acotada: apoyar la política y la gestión del gobierno.

En esta posición se encuentran aspectos interesantes para el análisis. Por ejemplo, es curiosa una actitud conformista en un partido que, por largos años, ha mantenido casi inmodificable su votación alrededor de un modesto promedio del 11%. Sobre esta curiosidad caben dos hipótesis:

- Que el sector "oficialista" tiene la percepción que el socialismo chileno no tiene más espacios socio-culturales para crecer y/o que no puede aspirar más que a un crecimiento muy lento y de poca monta.
- Que la elite de ese sector ha descubierto que con la fuerza electoral y parlamentaria que hoy ostenta le basta para estar en la competencia por ocupar los máximos niveles de poder del país. Es decir, la actual fuerza partidaria sería suficiente y funcional para la reproducción de la elite "oficialista" como agente de poder en la estructura de poder nacional.

Y otro tema interesante tiene que ver con la disposición a subsumir la política del PS a la política y gestión de gobierno. Se sobreentiende que en esa disposición hay mucho de trauma por las conductas del PS durante el gobierno de Salvador Allende. Pero el trauma debe superarse y no invertirlo para transformarlo en un complejo de culpa que termine autonegando, en la práctica, la condición de proyecto político-cultural del PS. Lo más importante, sin embargo, es que ese trauma se potencia con la conjugación de otras dos cuestiones:

- El "oficialismo" socialista comete el error –que no es exclusivo de él– de hacer una conexión mecánica y lineal entre éxito gubernamental (y/o de la Presidenta) con garantía de éxito socialista. Lisa y llanamente eso no es así. La simple experiencia empírica lo demuestra.

---

<sup>1</sup> Publicado el 27 de marzo de 2006

- La subsumisión de la política socialista al programa del gobierno devela las dificultades que tiene el PS para comportarse como fuerza y cultura político-histórica. Un comportamiento tal implica, ante todo, contar –y tener la convicción de que se cuenta- con un proyecto político-histórico que, siendo más que un programa de gobierno, no es contradictorio con él.

En esta materia el drama del PS empieza en la falta de convencimiento acerca de la existencia de un proyecto histórico y sigue con el temor que, para desarrollar y exponer tal tipo de proyecto, inevitablemente se debe recurrir a la crítica social y a la reflexión crítica sobre la sociedad y el Chile actual. Crítica social y reflexiva que –se teme- podría dar lugar a que se manifiesten contradicciones con lo obrado por los gobiernos de la Concertación y con lo programáticamente propuesto por el actual gobierno. La solución –de hecho y equívoca- que promueve el oficialismo es abstenerse de actuar como partido representativo de proyecto histórico.

Y es equívoca porque, si bien siempre existe el riesgo de cierta conflictividad entre programa de gobierno y proyecto-histórico partidario, lo que importa es expresar la sana y productiva relación históricamente orgánica entre ambos. Los programas gubernamentales son momentos y sólo momentos de realización del largo proceso que entraña un proyecto histórico y es éste el que le da sentido totalizador y trascendente a la acción y gestión específica del gobierno. Bajo tal concepto se establece el vínculo armónico entre la acción de un gobierno y la cultura política (o culturas políticas) a la que éste adscribe.

Por otra parte, sin duda que es un contrasentido que fuerzas de izquierda o progresistas renuncien a la reflexión crítica y a la crítica sobre el sistema imperante. En primer lugar, porque en ese acto se encuentra la razón originaria esencial e histórica de sus existencias y, en segundo lugar, porque su acceso al gobierno resulta, precisamente, de la encarnación de ese tipo de reflexiones y críticas. Cuando, creyendo proteger a sus gobiernos, las fuerzas progresistas o de izquierda abandonan la función crítica, lo que hacen de facto es situarse ellas y sus gobiernos como “cómplices” a-críticos del estatus.

Pero la actitud complaciente y la oferta gobierno-centrista de la opción “oficialista” obedece también a objetivos y estrategias estrictamente políticas (de poder), cuyo principal arquitecto es el senador Camilo Escalona.

Con su reconocida tenacidad y habilidad estratégica, el senador Escalona ha venido operando sistemáticamente tras un propósito para él extremadamentepreciado: lograr el reconocimiento, dentro de las elites nacionales, de la legítima pertenencia de su figura y de su fracción a la “clase gobernante”. Dicho en otras palabras, ha trabajado concienzudamente tras el fin de romper los vetos políticos y político-técnicos, implícitos o explícitos, que las elites tradicionales, de todo tipo y color y durante años, le han impuesto a él y a la Nueva Izquierda.

Para el senador Escalona, el gobierno Bachelet es el recurso a través del cual puede y debe legitimar su cualidad de líder de una fracción plenamente competitiva en las artes de gobernar.

La presidenta Michelle Bachelet proviene de las filas de su tendencia; con astucia, sutileza y con la colaboración de la prensa, ha dejado que se instale la idea que es él el personaje político que más influye en la Presidenta; dentro de las máximas autoridades de gobierno, las únicas que pueden ser identificadas como adscritas a un cuerpo políticamente homogéneo son las que tienen militancia en la Nueva Izquierda. Estos tres antecedentes son suficientes para que las elites establezcan una imbricación entre gobierno, Camilo Escalona y Nueva Izquierda.

Vistas así las cosas es comprensible que el interés sumo del senador Escalona es que el gobierno Bachelet sea un gobierno exitoso, pero exitoso a la medida de lo que él requiere, a saber, que dé pruebas de gobernabilidad y de buen manejo técnico-político. De ahí que resulte enteramente congruente y funcional la mixtura de “camilistas” y miembros de Expansiva al seno del gobierno.

Por supuesto que la materialización de tales objetivos pasa por un PS disciplinado y obediente a la conducción gubernamental, distante de emprender “aventuras” innovadoras y dirigido y hegemonizado por Camilo Escalona y la Nueva Izquierda.

El modelo “camilista” u “oficialista” para el PS puede generar oposiciones por el sólo hecho de que está muy autoreferido a intereses personales y grupales. Sin embargo, debe reconocérsele que tiene una tentadora racionalidad pragmática para el gobierno. El verdadero problema radica en que el quietismo que postula la alternativa “oficialista” no se condice con las dinámicas que predominan en los espacios de la política y de la sociedad cuyas imprints son las moviidades innovadoras. Por lo mismo, aparte que es una apuesta al conservadurismo interno, es un modelo muy artificial y de muy difícil sustentación, puesto que es una contramarcha respecto del sentido que lleva el período histórico. En consecuencia, representa dos riesgos: i) que el PS quede aislado de los procesos de cambios que están ocurriendo en la sociedad y en la política y ii) que, dada la artificialidad del modelo

quietista y conservador que se postula, éste no resista los embates del dinamismo de la realidad y devenga en fuente de conmociones y desordenes partidarios.